

El Tesoro Popular

PERIODICO

De intereses religiosos y locales
devoción a los CORAZONES

Donde está tu tesoro allí también está
Con aprobación de la



QUINCENAL

y especialmente para fomentar la
de JESUS y de MARIA

tu corazón. (San. Mat. Cap. VI-v. 21)

Autoridad Eclesiástica

PRECIO DE SUSCRIPCION: ₡ 0-10 AL MES

Año II

Aserri, 3 de febrero de 1918

Núm. 35

DIRECTOR Y EDITOR: PRESB.º R. TOBIAS BARQUERO

Evangelio de hoy

(Domingo de sexagésima)

En aquel tiempo: Habiendo concurrido un crecido número de gentes, que de las ciudades acudían a Jesús, les dijo esta parábola: Salió un sembrador a sembrar su simiente; y al esparcirla, parte cayó a lo largo del camino donde fué pisoteada, y la comieron las aves del cielo. Parte cayó sobre un pedregal y luego que nació, secóse por falta de humedad. Parte cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla. Parte, finalmente cayó en buena tierra; y habiendo nacido dió fruto a ciento por uno. Dicho esto exclamó en alta voz: El que tenga oídos para escuchar, atienda. Preguntábanle sus discípulos cuál era el sentido de esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras a los demás en parábolas, para que viendo, no echen de ver, y oyendo, no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es este: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados a lo largo del

camino significan aquellos que la escuchan, si; pero viene luego el diablo, y se la saca del corazón para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal son aquellos que oída la palabra, recíbenla, sí, con gozo; pero no echando raíces en ellos; y así creen por una temporada, y al tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla caída entre espinas, son los que la escucharon, pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y nunca llegan a dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra, denota que aquellos que con un corazón bueno y muy sano oyen la palabra de Dios y la conservan, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.

REFLEXION

El avaro no espera los bienes de la otra vida, porque cómo puede de esperar lo que no cree! Y si creyese que las riquezas de este mundo son falsas, y las del cielo son verdaderas, despreciaría las primeras y se afanaría por las segundas. Para el avaro de ninguna utilidad es que haya Dios, porque su dios es el dinero.

Una vocación que ignora el mundo

Cuando se dice solterona, más de uno guiñará los ojos con malicia y se sonreirá desdeñosamente. Es que en verdad las hay que son la vergüenza de un pueblo. Al verse dejadas por el tren se obstinan en alcanzarlo, y en la imposibilidad de conseguirlo, no escatiman medio alguno de atontar cualquier tuerto, cojo, cholo o el más pintado del vecindario por sus tenoriadas.

Estas no se quedaron para vestir santos: al que componen es al diablo, y como su amo es el padre de la mentira, saben aparentar con afeites, hermosura que jamás olieron, risas que no salen de lo íntimo de su alma, sino únicamente de la boca; tratan de llamar la atención con lujos que están debiendo al tendero y hasta se dan el prurito de ser las señoritas más decentes del lugar cuando no haya sido raro, ni ignorado algún tropezón que dieron sus pies en el escabroso camino de la moralidad. Tales solteronas, si no son dignas de desprecio, son dignas de lástima a lo menos.

Al lado de estas hay en cada pueblo una o más que son solteronas por vocación. Habrá personas que no sabiendo distinguir el oro de la escoria, las pongan en el grupo despreciable ya dicho y no entre las mujeres útiles y honradas.

A éstas no las dejó el tren; ellas quisieron dejarlo partir porque no vinieron al mundo a desempeñar la difícil misión de esposas y de madres. Quizá encontraremos algunas feas como el pecado mortal; otras bonitas como la inocencia infantil, pero bonitas y feas en el cuerpo, son encantadoras a los ojos de Dios y a los ojos de los hombres que saben aquilatar el mérito de la honradez y de la virtud.

La misión de la madre se ciñe al hogar; la solterona sale del estrecho círculo de la familia para derramar la ternura de su corazón sobre el pobre abandonado, el afligido enfermo, el niño ignorante del Catecismo. Como ora la monja en su claustro, ella ora en su aposento y es el modelo de recogimiento en el templo; trabaja como la religiosa por el bien de la juventud. Consagra como la religiosa sus horas de ocio a fin de que las iglesias no estén tan desmanteladas y sucias.

Sin embargo, a menudo su mérito es superior al de la monja: vive en un mundo corruptor y con todo es bellísima mariposa de irisadas alas. La caridad la impulsa a salir de su casa y entonces es superior a la religiosa la cual no puede quebrantar la clausura; en tales ocasiones pudiéramos compararla al sacerdote secular que vive en el mundo mas no es del mundo. Ella es el mejor elemento para el arreglo de una iglesia; es la más activa y desinteresada propagandista en pro de una fiesta religiosa o del florecimiento de las cofradías. Como todo corazón necesita el perfume del amor y como su corazón no está puesto en este mundo, sino en Dios, su ince-

sante delirio son las cosas que atañen a su santo servicio. A ella muy bien pudiéramos aplicar las palabras del Apóstol: El que casa a su virgen, hace bien; el que no la casa, hace mejor.

¡Dichosas heroínas, vosotras batís la palma de la virtud, sólo por agradar al celestial Esposo! ¡Incansables apóstoles, vosotras corréis tras los ungüentos que no se disipan! ¡Si os consideráis olvidadas y ocultas cual la violeta, vuestro aroma delicadísimo Dios lo percibe y aprecia en sumo grado!

FILODEMO

La bondad del corazón

Una educación esmerada, bien bruñida y cincelada con las herramientas sacratísimas del criterio religioso cristiano, produce los siguientes amabilísimos efectos: cohibe las inclinaciones protervas del espíritu; doma las pasiones inícuas; abriga los instintos generosos; dulcifica el carácter, estimula las energías; torna límpido el espíritu y hace bueno el corazón. ¿Y cuánto vale un corazón bueno? Oid: más vale un corazón bueno que riquezas acumuladas; más precio tiene un corazón bueno, que inteligencia atiborrada de conocimientos; más merece un corazón bueno, que el brazo fuerte del guerrero triunfador; más aprecio logra un corazón bueno, que los diamantes del Transvaal; que las perlas del mar Indico; que los filones auríferos del Perú; que el áloe y las esencias de la Arabia; que las vistosas y gallardas aves de la Oceanía; que los floridos vergeles de la América encantada.

Por tanto, el trabajo de un niño, de un joven amante de su porvenir, debe ser: Moldear bien su corazón, arrancando de él las malas hierbas; secando en él las lagunas de agua pútrida y bañándolo en las frescas linfas de

la virtud, del cariño, de la sinceridad; fortaleciéndolo con los alimentos del trabajo, del dominio propio, de la mortificación valiente, de los esfuerzos generosos; en una palabra, procurando hacer de su corazón un corazón bueno. El corazón bueno forma al hombre bueno; y el hombre bueno, sea pobre, sea rico, sea noble, sea plebeyo, sea príncipe, sea súbdito, es siempre hombre viril, hombre feliz, hombre amable, hombre bello, hombre digno.

FRINMOSAREA

Un discípulo de Jesús

Y había pasado ya el toque de la oración, cuando en la plaza mayor de un pueblo de la montaña se oyeron gemidos y gritos de socorro. La puerta de la casa cural que comunicaba con la plaza, se abrió y un sacerdote de unos treinta años, asomándose, se puso a escuchar; y después, seguido de una mujer con una luz en la mano, se dirigió al punto hacia donde se oían los lamentos. Yacía en el suelo un hombre teñido en la sangre que chorreaba de sus heridas. Todavía se veía a un lado la navaja con que acababa de abrírselas. El sacerdote lo recogió y como pudo lo introdujo en su casa. Una vez allí dentro, le curó las heridas, hizo que volviera en sí, y le dejó en su cama bien abrigado, después de haber hecho desaparecer la navaja, instrumento del delito. Después fué el médico y le hizo curación, volviéndose luego para su pueblo, distante legua y media de la casa cural. A las dos de la madrugada el enfermo mandó llamar al Cura, porque, según el decía, se encontraba muy mal y quería hacer confesión de todos sus pecados. El sacerdote se sentó junto a la cabecera de su lecho, y el penitente dijo:

Yo, aquí donde me veis, soy un perdido. Si os hubiese de referir todos los crímenes que he cometido desde que estoy en el mundo, no concluiría. Pero os referiré el mayor de todos, porque, si de él merezco absolución, estoy cierto que también la obtendré de los demás. Hablad, dijo el sacerdote. De lo que voy a contaros hace ya 23 años. Era de noche; yo vivía en un pueblo del valle; un día me dijo un hombre si quería ganar 50 onzas de oro. Le respondí

que sí, Júrame no dar a nadie cuenta de lo que voy a decirte, añadió el desconocido. Sí lo juro, le contesté. ¿Sabes a la hacienda de Arroyo? me dijo. Sí se. ¿Es muy rica? Sí señor, añadí. Pues tú, continuó el hombre, para ganar la cantidad ofrecida, debes entrar allí y asesinar a toda la familia. Esto me hizo estremecer. 50 onzas es poco, le dije. Regateando, acepté por 200 onzas. Y entré en la casa mientras todos dormían. La familia se componía de un anciano, de marido y mujer y tres criaturas, dos niños y una niña. Al viejo le di tres puñaladas en el pecho, al hombre lo degollé, a la mujer la quemé, colgándola antes de un gancho de la cocina. ¿Y a los pobres angelitos de Dios? preguntó el sacerdote, a quien esta relación afectaba muchísimo, pues estaba pálido como la cera.

De los niños, continuó el penitente, al uno le corté la cabeza, a la niña le abrí por el medio y al más pequeño (tenía 7 años) como se arrojó de una ventana al patio y echó a correr hacia el pueblo, no pude hacer más que tirarle una cuchillada y le abrí la cabeza cayendo al parecer muerto al pie de un árbol. Cuando llegué allí para acabarlo de matar ya había desaparecido; nunca he podido saber quien podría ser. Dos días después de esto volvió el hombre a mi casa y me dió las 200 onzas. Nadie supo quien era el asesino. Aquel hombre se hizo dueño de los bienes el cual murió hará dos años, dejando sus bienes a los pobres. Ahora sabéis el pecado, ¿merece absolución? El sacerdote estaba sudando de angustia, mientras duró la relación de tan horrendo crimen. Todo tiene perdón en este mundo, si hay arrepentimiento, contestó el Ministro de Dios. ¿Os habéis arrepentido? Sí. Más ¡ay!; si queréis que os diga la verdad, lo que jamás ha podido borrarle del pensamiento es el pobre niño a quien le partí la cabeza. Todo lo he podido olvidar, pero lo del niño, jamás. Me parece que si él me perdonase, me iría más consolado al otro mundo; sin su perdón, bien cierto es que no merezco misericordia. Y alguna que otra lágrima asomaba a los ojos del criminal penitente. Todo tiene perdón, repetía el sacerdote, y decidme, ¿por qué hoy habéis pisado la senda del crimen? Hoy, si me habéis encontrado herido, ha sido para defenderme. Desde que hice aquel crimen he tenido un enemigo más cruel aún, que el de mi propia conciencia; un compañero con quien compartía el fruto de mi rapiña. A los tres años sospeché algo del hecho y

juró vengarse de mí por no haberle dado una parte de mi ganancia y hoy ha creído que me dejó muerto. Y reposó algunos instantes. El sacerdote se limpiaba la frente; sus manos nos apretaban un pañuelo blanco en el cual de cuando en cuando secaba alguna lágrima. ¿Me absolveréis? dijo el herido. Es cosa de pensarlo, respondió el sacerdote. Y si me muero, preguntó el herido. Ya lo habré pensado, añadió el confesor, si es que Dios tiene dispuesto que este caso haya de llegar. Pasaron tres días; el herido adelantaba en su curación; después de seis días estaba casi bueno. Medicinas, médicos, todos los gastos habían corrido de cuenta del sacerdote. Sois pobre, no es verdad? le dijo este. Sí, respondió el asesino que ya se iba. Pues ahora lo seréis menos, replicó el sacerdote, poniéndole en la mano un puñado de monedas. Pedís la absolución y ahora os la voy a dar; arrodillaos. Hízolo así el delincuente. Entonces el sacerdote con una frente como iluminada por la gloria, con voz conmovida le habló de esta manera: Yo por el querer de Dios, os absuelvo de toda culpa. Y yo olvido todo mal que me habéis hecho, de todo corazón, de todo mi corazón. Porque aquel niño de siete años, a cuyos padres, abuelos y hermanos quitaste la vida; aquel niño cuyo perdón tanto deseábais; aquel infeliz a quien abristeis la cabeza con la cuchilla...soy yo!

Y le enseñó una cicatriz bien honda, mientras el criminal, pálido y frío a sus pies ni se atrevía a respirar.

De Razón Católica

Parodia del cuento

de Calderón

(La vida es sueño)

Cuentan de un jefe que había,
El cual tan mal gobernaba,
Que a nadie nunca agradaba.
Mas, para sí se decía:
¿Habrá otro jefe mejor
Que me gane en vividor?
Y sus subalternos todos
Haciéndole malos modos
Respondieronle a una voz:
Al bueno dais una coz,
Al malo lo hacéis señor.

FRAY ESCOZOR

Nombres extraños para niños

San Cleofás, 25 de Setiembre.
San Cleómenes, 23 de Diciembre
San Cleoncio, 4 de Marzo.
San Clero, 7 de Enero
San Clicerio, 20 de Setiembre.
San Clinis, 30 de Marzo.
San Clodovaldo, 7 de Setiembre.
San Clodulfo, 8 de Junio.
San Codrato, 10 de Marzo.
Santa Cointa, 8 de Febrero.
Santa Coleta, 6 de Maazo.
San Colmano, 13 de Octubre.

Los tres amigos

Un hombre tenía tres amigos. Fué acusado un día ante la justicia de un crimen del que era inocente. ¿Quién de vosotros, dijo a sus amigos, quiere acompañarme para probar mi inocencia? El primero se excusó, protestando sus ocupaciones; el segundo le acompañó hasta la puerta del tribunal, tuvo miedo y se volvió a su casa huyendo de la cólera del juez; el tercero que era aquel con quien menos contaba en lance tan apurado, entró al tribunal, habló en su favor, atestiguó su inocencia con tal convicción, que el juez no sólo le dió libertad, sino que además le otorgó grandes recompensas.

En la prosperidad nos sobran los amigos; en la adversidad alguno querría servirnos, pero sin molestarse en nada; habrá alguno otro que nos ayude con algún sacrificio, mas a penas a medias; tal vez alguno (por excepción) al vernos caídos sufrirá con nosotros, sacrificará su tiempo y su dinero, hará lo que quizá ni por él mismo ha hecho. Este último será el verdadero amigo; los otros serán de nombre.

De otro modo considerado el ejemplo anterior, hemos de decir que el hombre tiene tres amigos. Cuando Dios le llama a la hora de la muerte; el dinero, su amigo más querido no quiere acompañarle; los parientes y amigos le acompañan hasta la tumba y se vuelven a su casa; el tercer amigo, de quien menos se ha acordado durante su vida, son las buenas obras.

Ellas solas le acompañan ante el Juez, le preceden, hablan en su favor y obtienen para él el perdón y la misericordia de Dios.

Sentires

Yo tengo el alma toda ternura
que vive triste llena de hastío,
viendo en el mundo tanto vacío,
tan poca dicha, tan poco amor.

Cuando es más grande mi desventura
más solo paso por la existencia
en compañía de mi paciencia
¡única amiga de mi dolor!

Cuando me encuentren riendo afable
creerán que gozo de vida y calma,
creerán que tengo dichosa el alma,
¡pero es que callo mi cruel pesar!

Yo sólo quiero lo que es amable,
yo amo las almas sin ser amado,
¡Yo soy un río grande y callado
que va perderse en el hondo mar!

Sin un ensueño que me acaricie,
sin una madre que me sonría,
sin un encanto, ni una alegría
mi vida pasa como el morir.

Veo de las cosas la superfice
y en nada fijo mi ardiente anhelo,
harto de sombras y desconsuelo,
¡harto de penas y de vivir!

Para mí han muerto todas las flores,
para mí es siempre negra la vida.
Tengo la musa más afligida,
mis ojos vierten gotas de hiel,

y Dios, que ha visto tantos dolores,
¡Dios de mi vida, tan dulce y bueno!
me escucha siempre, de bondad lleno.
¡Sólo es posible vivir por él!

P. MIGUEL O. M.

Dos clases de enfermedades

El ser racional es un compuesto de alma y cuerpo. Mientras existe esta unión decimos que vive; la muerte sobreviene al separarse el alma del cuerpo. Este sin aquella es materia inerte. El cuerpo humano no es otra cosa que un poco de materia sujeta a mil accidentes y a toda clase de enfermedades. Estos terribles enemigos aparecen en el momento menos pensado sin que nos demos cuenta de ellos; una caída, una herida, una fiebre intensa, un naufragio, un hundimiento, una explosión, un descarrilamiento, un disgusto, etc., dan al traste con las naturalezas más robustas, y en unos días o quizás en pocas horas

o momentos, la llevan a la sepultura. El apego que tenemos a esta vida terrena hace que al presentarse una desgracia o enfermedad cualquiera, nos apresuremos todos a combatirla para que no progrese y concluya con la salud y la misma vida. En cuanto enferma una persona, lo primero de que cuida la familia es llamar al médico y con la mayor sollicitud se atende al enfermo y se cumplen al pie de la letra las prescripciones facultativas. El desgraciado paciente que no tiene la debida asistencia médica y los cuidados de la familia o de la caridad cristiana, tiene mucho de perdido para su total restablecimiento. La enfermedad del cuerpo es una verdadera lucha entre los agentes morbosos y el cuerpo, y si éste va extinguiendo lentamente sus energías, al paso que aquellas las reciben progresivamente, llegará un momento en que el cuerpo sucumbirá, habrá dejado de funcionar y ya aquel ser, hasta entonces compuesto de alma y cuerpo, habrá dejado de existir.

(Continuara)

FAVORES

Doy gracias al Corazón de Jesús porque después de estar enferma durante seis meses me curé.—Raquel Valverde. San Juan de Dios.

Doy gracias al Corazón de Jesús por haberme hecho un favor. Jerónima Masís. San Gabriel.

Infinitas gracias doy al Corazón de Jesús por un favor que me concedió. Rosalina M. de Jiménez.

Miscelánea

Una señora se quejaba ante un obispo de lo larga que había sido la misa del domingo, a lo que replicó el obispo: No es la misa lo que sido demasiado larga, sino vuestra devoción demasiado corta.

Queriendo un papá hacer ver al cura de su pueblo, que su hijo Federico sabía perfectamente la Historia Sagrada, le hizo en su presencia la siguiente pregunta:

—Ven acá, hijo mío, ¿quien hizo el cielo y la tierra?

—¿El cielo y la tierra?

—Sí, el cielo y la tierra.

—Yo qué me sé de eso.

¡Cómo que no lo sabes, miserable!

—Pues bien, papá, yo he sido, pero no te enojés, que ya no lo volveré a hacer.

Creyendo entonces el cura que respondería mejor a alguna otra pregunta, le dijo:

—Dime, amigo mío, ¿qué día murió Jesucristo?

—Yo no lo sé decir, señor cura, porque sólo sé que estaba muy enfermo.

Un alcalde fué un día a visitar al gobernador y llevó consigo a su familia.

—Tengo el honor, le dijo, de presentarle a mi mujer y a mi hija, y para que las pueda distinguir, le advierto que la más vieja es mi mujer.

El cedrón se usa en los casos de calenturas y contra las picaduras de las serpientes.

No es deshonra protestar, si estamos en el error, porque abandonar el error por seguir la verdad, es honroso al hombre.

Quien lejos se va a casar, o va engañado o va a engañar.

Las personas débiles son peste pública, engruesan el partido de los malos y se hacen sus agentes.

Las personas sin carácter son las que prometen más y cumplen menos.

Curaba el doctor Jimeno Al enfermo don Pascual, Que aumentaba el pobre en mal Lo que menguaba en dinero. Llegó el lance postrero; Y al verlo en cama postrado, Dijo el doctor: ¿Qué le han dado Fuera de mis prescripciones?

—¿Qué le dieron?

—Convulsiones.

—Pues con eso lo han matado.

Imprenta "El Pueblo"—Calle 2ª S.